

comedia en cinco actos titulada *Aradín Barba Roja ó los piratas en el bosque de los sepulcros*. Su primer intermedio se cubrirá con un terceto por los *ciudadanos* Mariana Gutiérrez, Victorio Rocamora y Bernardo Contreras, y el segundo con el bolero que bailarán los *ciudadanos* Margarita Olivares y Juan Marani.—La hora de comenzar será á las siete y media *si el tiempo lo permitiere*.”

¿Qué quiso decirse con esta condicional? ¿Acaso la cubierta del teatro no era impermeable á la lluvia? Ese antiguo palenque ó plaza de gallos ocupó un extenso terreno entre las calles de las Moras y de Celaya en los solares que hoy ocupan á su vez las casas núms. 17 y 19 de la primera calle citada y las núms. 17 y 18 de la segunda. El local era cómodo y grande, y como construido de madera en su mayor parte, mucho más airoso y aun elegante, relativamente, que el Coliseo su predecesor. En las funciones subsecuentes á su estreno dió *El Desdén con el desdén*, *El médico á palos*, *La mujer firme ó lo cierto por lo dudoso*, la tonadilla de *El Presidiario*, por Francisco Esquivel y Bernardo Contreras, y *Quien á otro mal desea es fuerza que en sí lo vea*, ó *El prisionero de guerra*.

Tal fué el modesto principio del Teatro de los Gallos, que no tardó mucho en gozar de un relativo esplendor artístico, para venir á dar más tarde en los mayores descrédito y miseria, al extremo de que México había casi olvidado el tal teatro cuando en un cierto día de Todos Santos, hubo de reducirle á cenizas un incendio producido por el aguarrás de la esponja de un globo que cayó sobre los apolillados tajamaniles de su vetusta techumbre.

Con Luciano Cortés, empresario y director de aquel cuadro, compartía los triunfos Cecilia Ortiz, guapa y muy graciosa mujer, de quien sus contemporáneos hacen así el retrato: “gustábale lucir su garbo en la calle, y vestía por lo regular un traje corto y alto de talle, de muselina con olanes de tarjas, que le permitía lucir sus menudos pies calzados con zapatos escotados de seda; casi siempre llevaba al cuello un grueso hilo de perlas con un pendiente de dos granos en figura de guaje, montado en diamantes rosas; los zarcillos eran de igual forma y montura que el pendiente; sujetaba el reloj á la cintura con un broche de oro en que remataba la soguilla, de un delicado trabajo de filigrana; llevaba con mucha gracia la mantilla de punto blanco, y solía cubrir sus hombros con un magnífico tápalo de China, que recogía con la mano izquierda en la cintura, á la moda de las majas españolas.”

En un *Romance Heroico* publicado por Erasmo Luján, en *El Sol* de 8 de Noviembre de 1823, se leen los siguientes elogios de la Ortiz y de sus compañeros Torremocha, Amador y Luciano Cortés, á propósito de una representación de *El delincuente honrado*.

“No sus antiguos cómicos ostente
Roma, que tanto fueron celebrados;
ni á sus modernos la ilustrada Europa
prodigue encomios ni prevenga lauros.

“En el Anáhuac hay quien los imite,
muy mal he dicho, hay quien en sus teatros
los aventaje á todos, pues en su arte
inimitables son; no hay que dudarlos.

“Venga á México, venga aquel que juzgue
que sólo la pasión mueve mi labio,
para alabar así nuestros actores
en cuyo digno elogio aun quedo escaso.

“Aquí, pues, los verá cuando en la escena
muestran al noble *delincuente honrado*,
ni hay, ni puede, ni jamás ha habido
genios en su arte tan aventajados.”

Va haciendo después el autor de la composición el elogio de cada uno de los cómicos susodichos, y al llegar á Cecilia Ortiz, exclama con entusiasmo:

“Apolo dijo, no hay quien aventaje
á los actores tres que van nombrados,
mas Melpomene al punto le presenta
á Cecilia que lleva de la mano.

“¿Cecilia sí, Cecilia no mal dije:
la divina Cecilia, el gran milagro
cómico, que reunir en sí ha sabido
la tragedia, comedia, baile y canto.

“¿Quién no se sorprendió la triste noche
que la vimos llorar su esposo amado?
¿qué pecho diamantino no se mueve?
¿qué férreo corazón no queda blando?

“Al admirar su prócer estatura
por Andrómaca alguno la ha juzgado,
que llena de aflicción y sentimiento
lloraba las exequias de Héctor bravo.

“¡Ay! por piedad, Cecilia, no, no finjas
con tantas veras tu dolor tirano:
¿qué, quieres darle muerte verdadera
al auditorio con tormento falso?

“¿Qué lágrimas! ¡qué afectos! ¡que sollozos!
¿Es cierto ó es fingido lo que palpo?

¿Puede á los hechos verdaderos, reales,
la ilusión sola aventajar acaso?

“No es ilusión, es cierto cuanto miro:
ved cómo llora y gime.... ¡ay! un desmayo....
¡Desmayo! No: ¡La muerte en un instante
á Cecilia por siempre ha arrebatado!

“Pero no, que otra vez muy lentamente
torna á mover los miembros fatigados.
La ilusión me engañó: ya reflexiono
que sólo fué aparente el lance aciago.

“Tan bien fingido estuvo, que jurara
que á tocarla llegué su rostro helado:
yo de su cuerpo ví salir su sombra
buscando pura los elíseos campos.

“Con razón Melpomene ante su Apolo
de la tragedia le consigna el mando,
y el Pitio dios en su serena frente
cifre el inmarcesible y digno lauro.

—“Ella es sin duda en todo la primera,
dice el Delfico dios, á nadie es dado
imitar á Cecilia, y solamente
tal prodigio formé para admirarlo.

“¿En el ligero baile no la visteis
llevar graciosa los veloces pasos,
y entre sus plantas corazones y ojos
á la par unos y otros va enredando?

“Los tiernos geniecillos ledos mueven
sus vestidos hacia éste y aquel lado,
para que al talle airoso más agracien
y den al pie ligero paso franco.

“Cuando escena amorosa representa
¿qué amante en la comedia no le ha echado
una ojeada á la joven á quien ama,
y de la que es también luego mirado?

“Píramo y Tisbe, Psíquís y Cupido
el fuego del amor nunca expresaron
con los suaves afectos que lo expresa
Cecilia con su ardor y su entusiasmo.

“Las apacibles gracias, los amores,
salen sonriendo de sus dulces labios.
¡Ay! los amantes ¡ay! no sé qué sienten....
¡cuántos suspiros causa! ¡cuántos llantos!

“Si entre los suaves tonos de la orquesta
el oído regocija con su canto,

no habrá alguno que no lo califique
de dulce, de armonioso y arreglado.

“Ven conmigo, concluye el Dios Apolo;
ven conmigo, Cecilia, con Luciano,
con Amador y Torremocha unidos,
que hoy el debido premio voy á daros.

“Así dijo, y en una blanca nube
coloca el dios de Delos á los cuatro,
y los lleva consigo, asaz contento,
á morar para siempre en el Parnaso.”

No obstante esto, vivieron aún algunos años sobre la tierra, y al fin murieron sin dejar semilla, lo cual fué lástima, tratándose de notabilidades que así enloquecían á Apolo.

Las noticias que de España se recibían ponderándonos el esplendor alcanzado en Madrid por la ópera interpretada por el tenor Montresor, los bajos Magiotti y Vacani, la tiple Cortesi, y la contralto Fábrica, fueron causa de que con el objeto de traer una Compañía de Canto Italiano, varias personas de buen gusto convidaran á fines de Enero de 1824 á la formación de una empresa de abonados, por acciones de á cien pesos: el encargado de recibir las adhesiones, lo fué el librero D. Mariano Galván, pero desgraciadamente la asociación no llegó á tener efecto, porque con la cosa de que los españoles europeos andaban alebrestados, no concurren á suscribirse muchas de sus familias, que eran las de mayores posibles y elementos. Los triunfos de los federalistas en las discusiones del proyecto de Constitución, y la resistencia de los conservadores, fueron sembrando en el país los impacientes y los descontentos, y las revueltas y sediciones sucedíanse con rapidez. En la *tierra caliente* diversos cabecillas habían levantado bandera contra los españoles, tan numerosos en aquel rumbo, pidiendo el despojo y la expulsión inmediata de todo *gachupín*.

La pobreza era suma y apenas circulaba otro dinero que el odioso papel moneda mandado imprimir por el Poder Ejecutivo en el reverso de las bulas sobrantes de la Santa Cruzada, á fin de que no fuera fácil falsificarlo, con cuyo papel moneda se sustituyó el expedido por el Gobierno Imperial de Iturbide, que se recogió é inutilizó.

En los primeros días de 1824 y últimos de Enero, el Gral. Lobato y el Comandante Stávoli se pronunciaron en la misma Capital, exigiendo á su vez el despojo y expulsión de españoles, y gracias á la entereza del Poder Ejecutivo y del Congreso, los amotinados hubieron de desistir de obtener por las armas lo que no había de tardar en concedérseles por vías legales.